

CURANDO EN LA MONTAÑA por Waldo Medina

No digas de mí, di mucho de clase, del grupo que vive como yo, como las tojosas y los tomeguines, a pleno goce de los montes, calado por los torrenciales aguaceros en el desamparo de los campos, perdido en las sierras, subiendo y bajando empinadas lomas, cruzando ríos crecidos de bramadores torrentes que desmontan al mejor jinete, clavado por las zarzas, sin comer ni beber docenas de horas seguidas para asistir a la infeliz que vamos a partear o al macheteado de grandes zanjas sangrantes. Este bello párrafo que acabo de transcribir es de una linda carta que me escribió hace días mi entrañable amigo el médico bueno de Ensenada de Mora y del Central Cape Cruz, Manuel Sánchez Silveira, cubano y oriental y manzanillero de buena cepa y de honradora estirpe de peleadores por la libertad de la patria y por el bien del mundo.

Es un hombre bueno, lo que se llama un hombre bueno, y, además, nade menos -ni nada más- que un excelente médico en medicina general -como cuadra¹ y en su punto a un médico rural- y cirujano de vocación e instinto, hecho en la práctica viva y dramática de las soledades del agro criollo lleno de orfandades hechas con todas las miserias, de las abruptas serranías de la Cordillera Maestra -matriz oscura dé la isla- en donde el hombre y la familia aislados, con el cielo por arriba y el dolor abajo, sin caminos vecinales, perdidos entre senderos y parajes que lucen -y son en verdad- remotos cual si fueran de otras tierras. Esa ha sido y es su mejor Universidad. La que no da diplomas porque da lo que importa más: sabiduría que enseña a tratar con todos y procura entender a todos, inclusive a los enemigos, sin temor ni temblor. Sabiduría y ciencia vital y cotidiana, de carne y hueso y sangre y alma de pueblo que impone menesteres elementales de mano heroica y estremecimiento de

humanidades y vibración de corazón allí donde, para salvar lo salvable aún de las vidas más evidentemente desahuciadas, hay que poner a riesgo de todo y con la angustia a cuesta, todo lo imaginable y aún lo inimaginable.

Un cubo de agua caliente, hervida con tizones junto al bohío que la escoba amarga le llega hasta la cobija para llevar un *mínimum* de asepsia al instrumental indispensable, que a veces hay que colocar entre blancos algodones que el mismo médico se agencia para la ocasión, sobre sacos de yute renegridos que soñaron con ser sábanas. Y luego obrar con método y audacia a pesar de que la leve vida humana bogaba más allá de toda posibilidad, y ya, sin conciencia, aguardaba sólo los buenos oficios de la muerte...

Son sacrificios que el mundo ignora, que no se mencionan en las brillantes convenciones y en los grandes congresos médicos de las ciudades porque allí sólo se exaltan y debaten las complejas cuestiones que atañen a los descubrimientos y novedades de laboratorio, a las experiencias promediadas por estadísticas rigurosas de clínicas y hospitales, a las maravillosas y en veces sospechosas cura de las «sulfas» en milenarias enfermedades de la piel como la lepra, etc., etc., en unos etc. de sibilinos y complicados vocablos extraños.

Del médico rural del inolvidable Felipe Trigo de aquellas lecturas de nuestras mocedades, de aquel que en comparsa de aquelarre con el Juzgado y la Policía va y viene por caminos intransitables hasta los linderos del infierno, o como dicen los «guajiros», hasta allá donde el diablo dió las tres voces o se puso ronco de gritar; para subir al cementerio más alto de Cuba, Pico Turquino o El Cobre, a tres o cuatro mil pies sobre el nivel del mar, para practicar la autopsia a un *finado* donde todos, Juez, Secretario, Médico y Policía llegan «finados», es decir, mojados hasta los huesos, ¿qué podría decirse de realidad increíble en convención alguna?

Esas y otras mil peripecias que formarían trágico y a veces delicioso anecdotario del médico rural cubano y de este amigo mío y de los altos espíritus de Oriente que les nombro con devota simpatía, el doctor Manuel Sánchez Silveira, le dan sin pedir ni recibir galardones el incambiable título de hombre útil y servicial ciudadano a la clase más aperreada y olvidada de Cuba: la campesina, y la campesina de Oriente, de la Sierra Maestra que es, sin disputa, la más aislada y en medio más agreste y salvaje.

En sólo un año mi amigo ha constatado los siguientes, horripilantes hechos que han requerido en una forma u otra su intervención: asesinato de un hermano por otro (tres enormes tajos a machete limpio de un hermano a otro hermanito del alma) parricidio o muerte alevosa de un padre a su hija de nueve años propinándole golpes con cujes, tres suicidios con Tinta Rápida, de esa que dice el frasco por fuera: «NO CONTIENE VENENO». ¡No contiene veneno!, exclama con fulminadora justicia el buen médico; pero hice constar en la diligencia de autopsia que se trataba de homicidio y no de suicidio, porque al saber la infeliz criatura que NO CONTENÍA VENENO lo que se tragaba, sólo pretendía dar un pequeño escándalo al novio desaprensivo o al joven marido infiel para que «cobraran experiencia» y, sin embargo, esa falsa tentativa le ocasionó la muerte por tener la vulgar y fatal tinta una enorme cantidad de aceite de mirbano. Y agrega, colérico en noble cólera de médico humano y de ciudadano alerta: «Y no hay fiscal ni fiscolete que fiscalice estas atrocidades»...

Y violaciones y ayuntamientos de padres con hijas y de madres con hijos, y de hermanos con hermanas o a la inversa y tantas otras bestialidades son el pan nuestro -negro y amargo pan- de cada día en la vida de médico y de hombre, de este hombre de mucha ciencia y mucha dulzura en el alma, de que les hablo en breves trazos hoy para honrarme la mano con que los escribo y purificar el nombre con que los firmo.

Hace tiempo que nos escribimos acercando nuestros corazones a través de la distancia y el tiempo para reivindicarnos de las miserias del mundo, de este cada vez más picaro mundo nuestro; para desquitarnos, él, de sus pesadillas que la fiebre madrastra pone con generosidad en sus enfermos moribundos, para olvidarse del olor y dolor abominables de los cuerpos podridos y de la boca en comisuras sangrientas con sonrisa helada de muerte; yo, para no soñar cosas vagas y dolorosas de posibles injusticias en el crucificante oficio de administrar justicia a los demás, de dañar sin querer a madres y padres condenándoles, de manos de la dura ley que me obliga, a sus hijos de sus almas...

Esta es una forma amablemente justiciera de rendir homenaje con atenta compasión -para un corazón que nada olvida- a la más noble, a la más útil, a la más humilde y eficiente de la clase médica cubana, al médico rural. Yo la saludo con cariño y gratitud, con respeto y admiración.